

OREJITAS DE GATO

Curiosidad, supongo. Así es cómo empecé. Me vestí con un bonito traje de doncella que parecía del siglo pasado, con sus enaguas y el delantal a juego, lleno de volantes. Me puse unas medias hasta las rodillas. Luego me dejaron escoger entre la cofia o las orejitas de gato, y yo escogí las orejitas. Aunque nunca tuve un gato, siempre me gustaron mucho. A última hora de la noche, bailamos la coreografía que habíamos estado ensayando durante la tarde. El *maid* café estaba lleno de chicos muy *otakus*, algo bebidos. De hecho, había un grupo de hombres cuarentones que no paraban de pedir bebidas para que la *maid* estuviera un tiempo más en su mesa. ¡Alucinante!

Al día siguiente le pidieron que saliera a la calle para atraer a los clientes. Bienvenido a casa, mi amo, le mandaron que dijera.

Yo le sugerí que después de la comida, si el cliente pedía un postre, debía decorarlo y hacer la ceremonia para evocar su amor al plato. Las *maids* recibimos muchos regalos y nos toman fotos, intenté argumentarle.

¿Una ceremonia? ¿Qué se supone que es eso, Akiko?

Canta y haz un poco de mímica. Y no te olvides de decir al cliente que lo vas a extrañar y que esperas verlo pronto. Pero, sobre todo, díselo con la voz más chillona, tierna y ridícula posible.

No es que no quiera hacerle una ceremonia. Es que no me veo capaz.

¿Y por qué no te ves capaz?

No me veo capaz de nada.

No digas eso, corazoncito mío.

No soy tu corazoncito. Métetelo en la cabeza: no soy tuya, ni de nadie. No soy una propiedad.

Está bien, le dije, pero no olvides llamar al cliente por “mi amo”. Mi querida amiga, si te despiden, se te acabó la gallinita de los huevos de oro.

La gallinita de los huevos de oro es solo un cuento. Además, la pobre terminó degollada en las manos de su dueño.

Luego observó a su cliente de soslayo. Le miró no sin recelo y él le respondió con una sonrisa franca y paternal. El hombre, de unos cuarenta años, tenía buena presencia y no le pareció una mala persona. La cogió del brazo, dejaron atrás el café y pasearon un largo rato por la ciudad. Shihoko le explicó que estaba estudiando en el Instituto. Él aparentaba escucharla

con interés. A su paso, algunos transeúntes los miraban con indiferencia. Otros reprobaban la actitud de la muchacha.

Las chicas jóvenes huelen bien, cuando tengo un día duro en el trabajo vengo, me dan un trato agradable y escuchan mis problemas, no solo me lavan el pelo y me masajean la cabeza, también me limpian el corazón, me justificué, sonrojado, mientras ella me desabrochaba la camisa. En el fondo sabía que cualquier excusa era buena.

Después, él me abrazó. Apenas supe reaccionar. Procuré hacer una mueca parecida a una sonrisa.

Toma, son tres mil yenes. Te irán bien para tus gastos.

No creo que esté hecha para esto, suspiré profundamente. Hacía poco que me había mudado a Tokio para estudiar. En realidad, había huido de los latigazos del cinturón de mi padre. Una noche puse en la maleta lo poco que tenía y abandoné la aldea con el propósito de no volver jamás.

No me considero una chica Bond, ni una *femme fatale*. Tan solo soy una inocente chica *moe*, traté que Shihoko entrase en razón. El apelativo *moe* nos lo hemos ganado por nuestra juventud y ternura. Todas estamos dentro del mismo barco, insistí.

Espero que no sea una lancha neumática, pensó el jefe. O nos hundiríamos. Pero apenas esbozó una sonrisa complaciente. Temía que las muchachas del *maid* café no lo encontrasen igual de divertido que él. Era innegable aceptar que el rostro inocente y la debilidad casi angelical de aquellas muchachas se habían metamorfoseado en un fetiche sexual.

Lo quiero dejar, le suplicó en un cuartucho de la trastienda del “Cure” *maid* café que el señor Hiro Taka había improvisado como despacho.

¡Venga ya!, le replicó Hiro Taka, si justo acabas de empezar. Al menos inténtalo por dos semanas y luego me dices.

Bueno, tragué saliva. Entonces le conté que desconocía qué implicaba ser una “Joshi Kosei”.

Si eres inocente significa que no has hecho nada malo: no has infringido ninguna ley y no eres culpable de ninguna acción moralmente reprobable. ¡Sigue así!, quiso alentarla.

Supongo que es mi culpa por haber aceptado este trabajo. Necesito el dinero y si solo aguanto unos días más..., procuré convencerme.

Debes persuadir a tu compañera, Akiko. Te lo digo por su bien. Es demasiado terca y arisca.

Lo intentaré, señor Taka. Estoy segura de que la pobre lo hace tan bien como puede. Su padre le pegaba y creo que ve la imagen de aquel energúmeno en todos los potenciales clientes,

procuré defenderla. Había ganado diez mil yenes de comisión por captarla y no podía arriesgarme a perderlos.

Y sin darse cuenta habían transcurrido tres meses. No necesitaba más a su familia. Había sido capaz de mantenerse por sí misma, de estudiar y de forjarse un porvenir. En definitiva, había podido salir adelante por sus propios medios. Tal vez debería sentirse orgullosa de sí misma, pero unos sentimientos encontrados le embargaban el corazón. Estaba rodeada de un montón de gente y, en cambio, se sentía más sola que nunca.

Dame un beso, le pidió él.

Le besé, sumisa. Luego, él me ofreció cinco billetes de dos mil yenes. Me los guardé en el bolsillo del kimono. ¿Será porque lo necesito o porque saco un buen provecho?, temo que con el tiempo he ido perdiendo la habilidad de juzgar la realidad.

Toma, es un regalo para ti. Es un domo de nieve muy especial porque en su base contiene un cajoncito que se abre. Me lo trajo mi madre de París cuando apenas era un niño. Ahí dentro todo funciona de modo muy distinto al nuestro. Verás, solo es un detalle para cuando pienses en mí. No me gustaría que me recordases como un viejo asqueroso.

Ella se quedó absorta mirando la bola de cristal que anidaba en la palma de su cliente con una mirada expectante. No estaba acostumbrada a que le regaran cosas, ni tan siquiera el día de su cumpleaños. El mes anterior había cumplido dieciséis años, pero no lo quiso compartir con nadie.

¿Viejo?, pero si no aparentas más de treinta y cinco años, me dijo. Luego quise abrirle el cajoncito para mostrarle el dinero. Cien mil extras, estos son exclusivamente para ti, ¿me endientes? Ahí estarán a buen recaudo. Pero quiero que te quedes en la cama conmigo hasta mañana.

La muchacha sacudió la bola y, acto seguido, sobre el pintoresco pueblecito que se alojaba en su interior, se desencadenó una nevada. Al ver surgir de la nada aquellos copos de nieve se le iluminó la mirada. Después cerró el cajoncito que contenía los cien mil yenes sin mostrar mayor entusiasmo. Sabía que debía entregar todo el dinero que ganaba al señor Taka y que, si la pillaban sisando algo, se jugaba algo más que una simple regañina. Y mientras se aseaba con fuerza, intentando que el jabón le quitase algo más que una leve suciedad corporal, una ráfaga de recuerdos le invadieron la memoria.

Me acordé de aquel día que Akiko y yo charlábamos risueñas frente al *maid* café. Jamás hubiera adivinado que ella solo pretendía engatusarme. Creí que su ayuda era sincera y noble. Ahora me doy cuenta que Akiko también me traicionó, como mamá cuando salía pitando de

casa a comprar algo supuestamente olvidado cuando veía que papá se desfundaba el cinturón de las hebillas del pantalón.

Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Shihoko y al verse reflejada en el espejo del baño, rompió en llanto. Desfallecida en cuerpo y alma no sabía con quién consolarse. Pero justo en la puerta del hotel, la amiga la estaba esperando. Casualmente la había visto a través del cristal de la recepción del hotel.

Yo creo que ellos solo quieren conocer como es la juventud actual, adujo Akiko. De veras que no te entiendo, Shihoko. Nunca odié este trabajo ya que tiene su lado divertido. He conocido a gente muy interesante y amable que, de otro modo, jamás hubiera encontrado. Estoy aquí para arreglarme los dientes. Y tú puedes estudiar y pagar el apartamento.

No sé, acaso esté confundida. Me siento atrapada. Crees que lo tendrás todo bajo control, pero te equivocas.

Todos nos equivocamos, Shihoko. Somos humanos. Tal vez, me equivoqué proponiéndote este trabajo.

No te culpes. Mira a las demás. No andan quejándose como yo.

Pero tú no sabías a qué te exponías. Tendría que haberte explicado que no todo el monte es orégano, que no todo es bonito, que el dinero fácil no es tan fácil de ganar.

La vida no es nada fácil. No lo fue para mí ni lo será para ninguna de nosotras.

Cierto. Lo mejor es no pensar demasiado. No sabes la alegría que me ha dado hoy cuando el señor Hashimoto ha vuelto a preguntar por mí. Primero me invitó a un pastel de fresa y nata. Es mi favorito. Luego, salimos afuera. Ya sabes lo que dice el jefe, hay que ser discretas. Anda, vámonos de boutiques por Harajuku.

Una ráfaga de impotencia y vulnerabilidad envolvió a Shihoko. Las tiendas y las calles estaban llenas a rebosar, pero ella se encontraba más sola que nunca.

Estoy más sola que un perro, que un perro abandonado en la carretera, que una astilla de un hueso roído, más sola que un manantial en el desierto, más sola que una concha de caracol vacía, sola ante el abismo más profundo en medio del océano.

Unas mujeres cargadas con bolsas se cruzaron con ellas. La más mayor se quedó embobada unos instantes, mirando los uniformes de las muchachas. Luego les giró la cara y se puso a charlar con su compañera.

Ni siquiera intentamos saber por qué ellas aceptan este tipo de trabajos, dijo la más joven.

Bueno, a lo mejor culpamos a las chicas porque es más fácil, le respondió la otra. Yo creo que buscan dinero fácil. Ya se sabe, las geishas son actividades sociales de nuestro país.

Solo que ahora los hombres las miran a través del espejo mágico. Las muchachas se visten con bañadores de color piel y hacen ver que comen un plátano. ¿Qué esperan?

Las muchachas regresaron al bullicioso café del barrio de Akihabara. Shihoko se sentó en una mesa del rincón para contemplar el domo de cristal. Un grupo de jóvenes estaban celebrando una despedida de soltero y, como habían bebido más de la cuenta, Akiko les convidó a proseguir la fiesta en un hotel. El señor Hiro Taka se enfureció al ver que Shihoko no se levantaba de su silla y rompió el cristal de la puerta de un portazo.

Escuché un súbito estrépito de cristales rotos. Levanté la vista para ver qué estaba pasando y sentí el viento frío que entraba por la ventana sobre mi rostro. Entonces me levanté y salí afuera, sin dejar de observar la bola de nieve. Era fascinante aquel pequeño mundo donde todos podían sentirse seguros, a resguardo de frío, a pesar de la nieve incesante.

Hipnotizada, prosiguió avanzando hasta que chocó contra el poste del semáforo. La bola de cristal se le escurrió como un pez de entre sus manos y cayó al suelo, haciéndose añicos. Shihoko miró hacia atrás y ya en la lejanía atisbó los cristales rotos de la ventana del café. Ambos mundos, tan herméticos y frágiles, se habían resquebrajado a sus pies.

Ve tras tu compañera, le ordenó el señor Taka. Está muchacha no ha parado de dar problemas desde que llegó.

No puedo, señor Taka. He quedado con los jóvenes de la despedida de soltero y me están esperando.

Me pareció insólito que estuviera nevando en noviembre y aún más que empezara a cuajar. Me agaché y, con cuidado de no cortarme con los cristales que aún estaban adheridos a la bola, saqué los cien mil yenes del cajoncito de la base. Caí en la cuenta que un billete de tren a Osaka no debía costar más de quince mil. Sayōnara, Akiko. Perdóname por no despedirme personalmente, pero es mejor así. Prometo escribirte cuando las cosas me vayan bien.

Era agradable sentir los copos de nieve que caían por todas partes y que cubrán la ciudad con un manto blanco, como si alguien, en alguna parte, hubiese sacudido un domo nieve. Entonces Shihoko evocó las sábanas blancas del hotel y las nalgas flácidas y descoloridas de su cliente. Y para nada le parecieron que pertenecían a un tipo viejo.